

dad Sara, esa mujer diminuta y encantadora, logró el cometido de no ocupar espacio alguno en el mundo —como lo asegura el narrador cuando la mira—; de no ser más que una sombra imperceptible, o acaso el eco silencioso de Raquel, ahora se convierte, en el ámbito de la ficción, y porque así suele ocurrirles a ciertos muertos gracias al recuerdo caprichoso de sus vivos, en un personaje definitivamente conmovedor.

Para terminar,

“De repente comprendo que es imposible saber algo más acerca de esa época. Las dos únicas sobrevivientes que conocí se encuentran hoy tan lejos, que la comunicación es en un caso imposible, en el otro muy difícil. Quiero decir: una de ellas se fue ya de este mundo y la otra sufrió recientemente un derrame cerebral y ha perdido el juicio. Hace poco fui a visitarla y con tristeza comprobé que nada de su antigua lucidez se conservaba, y que el gesto de su cara, antes sereno y dulce, es ahora vago y rabioso”.

El epígrafe de *Las hermanas*.

CLAUDIA CADENA SILVA

La tenue respiración del silencio

Las hermanas

Iván Hernández

Grupo Editorial Norma, Santafé de Bogotá, 1994, 101 págs.

En apretadísimas cien páginas, Iván Hernández nos cuenta la historia de dos hermanas que viven un destino de identidades casi absolutas y al que aceptan con gusto sus señales de soledad, silencio y mutuo respeto. El paisaje que sirve de ambiente a la novela es, en su mayor parte, el de las altas montañas del Tolima, donde sopla el helado viento proveniente de los nevados. Allí se instalan los dos personajes, llevados por el padre a una casa grande de amplios corredores. Viven de lo que produce la tierra, luego de una suerte de regateo del destino: la ciudad o aquellos pára-

mos (donde el padre había encontrado la felicidad). El padre, sin embargo, indujo a sus hijos, cinco, a irse a la ciudad en busca de educación y condiciones más propicias para quienes apenas comenzaban a conocer la vida. Raquel y Sara desdeñaron esa oportunidad y retomaron, muerto el padre, las riendas de la finca en el nevado.

Raquel era la menor y también la más fuerte de carácter. Fue el reemplazo de la madre, quien les había faltado hacía muchos años. Sara era su sombra. La suavidad de su sombra, valdría decir. De carácter afable y dócil, seguía los pasos y mandatos de su hermana con una fidelidad tranquila, como quien cumple un designio, sin discutir ni preguntarse si hace bien o mal.

Sus vidas transcurrían en rutinas previsibles, sin alejarse ni un momento de aquel paisaje, que ya para siempre les pertenecía. Entre órdenes a trabajadores, paseos por los alrededores de la finca, lecturas y conversaciones sobre algunos libros (especialmente sobre la vida de algunos santos), admiraciones y mimos a la naturaleza que las rodeaba, el puntual rosario todas las noches y un dormir nunca sobresaltado, sus días eran un calco uno del otro, sólo tocados por la felicidad sin pretensiones que las dos hermanas sentían con todo aquello. Felicidad desprovista de avaricia, egoísmos o apasionamientos.



Fue Raquel quien al cabo de los años se enamoró. No podría decirse que lo hizo por tener un carácter más fuerte, sino, tal vez, por lo que tácitamente le dio a entender a Sara: yo lo vi primero. Sara tenía más corazón que Raquel: era más lenta y sensual con la naturaleza, amaba los pájaros y los imitaba a la

perfección, reía a carcajadas por cosas más o menos inocentes (lo que nunca hizo Raquel) y se divertía con cosas elementales, como alisar el largo cabello de su hermana. Incluso, mucho tiempo después, guardó el secreto de un amor, del cual conocemos casi nada, además de una sombra y una fotografía no descrita que exhibiera a hurtadillas, una vez muerta Raquel.



De quien robó el corazón de Raquel no se puede detallar, como no lo hace el novelista. Baste decir que fue un abogado venido accidentalmente a la finca de las dos hermanas, rumbo a unas minas donde se ocupaba de algunos negocios que, además de experiencia en su profesión, le propiciaban un poco de aventura por esas montañas agrestes, lejos de las comodidades de la capital. Su paso por la vida de Raquel dejó incólume la relación de las hermanas, aun ante la presencia de los hijos que vinieron luego y que, como es natural, voltean las costumbres de una casa. La vida del matrimonio y Sara habían bajado a la ciudad y se habían instalado allí, a contrapelo de la voluntad de las hermanas que, sin embargo, lo habían aceptado también como cuota del destino inexorable y al cual ellas obedecían siempre que, al igual, les permitiera continuar juntas. Pero el nevado continuó siendo el alma de las dos hermanas, hasta el último de sus días. Raquel volvería con sus hijos en alguna ocasión. Sara no volvería nunca. Conservaría intacto ese mundo, sin otra presencia que la de Raquel. La tranquila inquietud de cielos sólo perturbados por lluvias necesarias; el crecimiento sosegado de plantas, árboles y frutos; la blancura nívea del paisaje producida

por las neblinas constantes del páramo; el convencimiento sin presiones de que su destino era obra de Dios: éstos fueron los sentimientos que siempre acompañaron a las dos hermanas, y de los cuales nunca se despojaron, a los cuales nunca quisieron poner ninguna resistencia.

Primero murió el esposo, luego lo hizo Raquel (guardando el orden meticuloso de todas sus cosas hasta el final) y por último murió Sara, esfumándose como la leve llama de una vela, imperceptible, silenciosa, cauta.

Hasta aquí, a gruesas pinceladas, la historia de las hermanas. Obviamente, de manera precaria y saltona. Como temiendo agregarle algún dato inútil que no está en el libro o de hacerlo de manera imprecisa. Lo demás que no he contado, tampoco está en el libro. Porque la gran virtud de *Las hermanas* es lo que está dicho, rigurosamente, a través del silencio. Un libro escrito con rigor y pulcritud, con una limpieza que, sin embargo, no deja la sensación de asepsia. Es evidente que el autor no quiere darle al lector todo lo que esta historia podría dar. Que se guarda detalles que saltan a la vista del lector, como es el mundo en que se mueve el esposo de Raquel. Supimos de él hasta el momento en que llegó a la casa del nevado. Una o dos alusiones más, intrascendentes, y su muerte, también casi muda. Toda la historia se recuesta sobre la vida de las dos hermanas. En esas omisiones voluntarias del escritor existe, en este caso, el mayor mérito de la novela. El lector debe trabajar con su imaginación. Debe también él escribir la novela. Ello se logra sólo cuando lo escrito está bien escrito. Cuando el relato es creíble (no importa si ha sido o no verdad) y los personajes logran entrar en nuestra casa y, una vez instalados en nuestro cuarto de lecturas, nos llevan de la mano por esos territorios donde la verdad es la mentira, pero es la única verdad por la que vale arriesgar un pellejo de sosa tranquilidad.

Las hermanas ya forman parte de aquella familia reconocible que hallamos en la vida y de la cual encontramos (muchas veces sin buscar), en ocasiones, un miembro en muchos años, para sentirnos menos solos.

Y este pequeño libro también lo dejamos desde ahora en nuestra biblioteca para volver a él cuando queramos sentir algo del frío del nevado y de tranquila conversación, en alguna insoponible tarde de calor.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

¡El esclavo es porque así lo quiere!

La lluvia en el rastrojo

Germán Espinosa

Arango Editores, Santafé de Bogotá, 1994, 82 págs.

La lluvia en el rastrojo recupera la sátira latina, característica del teatro cómico romano. Después de releer a Plauto, Espinosa recuerda que los géneros de la antigüedad son hoy de gran utilidad literaria, sobre todo cuando se quiere retratar una realidad como la nuestra, en la que conviven diversas épocas históricas.

En su *Poética*, Aristóteles da algunas referencias sobre el origen y los rasgos distintivos de la comedia. En primer lugar, señala que se trata de una imitación de actos propios de hombres viles; y en segundo, que la naturaleza de esos actos es singular, pues no se trata de cualquier especie de maldad, sino de la "maldad fea, que es, dentro de la maldad, la parte que corresponde a lo ridículo", es decir, a lo bajo y risible.

Cuando la comedia llega a Roma, pasa de la imitación al insulto, ya no mueve a risa mediante la representación, sino mediante la palabra procaz. La razón de este cambio es la fusión del teatro con la oratoria satírica —Menipo hacia el siglo III a. C. fija sus bases—, que consideraba el insulto como otra manifestación del ser literario.

Para el zafio del teatro cómico romano, insultar es una expresión sustitutiva del canto y de la actuación; el ataque también mueve a la reflexión como la catarsis. Y nadie se puede salvar de él, ni siquiera el espectador, que

en ocasiones es despedido con palabras húmedas enverdecidas. Algunos espectadores —hoy lectores— astuta o ingenuamente asumen la ofensa como ajena, dirigida al otro, y por tanto menos reflexiva y más risible.



La comedia privilegia el diálogo sobre la acción; la sátira la *síncrisis* o confrontación de la verdad sobre el diálogo. De ahí que los temas del teatro cómico romano —como de *La lluvia*— son, diremos, de las cuestiones últimas de la existencia humana. Posee un alto contenido teológico, pero sus personajes son dioses humanizados, criados, villanos, perjuros, sacrílegos, canallas, pícaros, estafadores de amigos, defraudadores de pueblos, entre otras seres despreciables, bautizados por Plauto con nombres burlescos. La corrosividad usual en este género se explica, en parte, por una actitud abiertamente crítica con el pasado vertical, el *epos*.

Si damos un salto cualitativo, entonces, comprenderemos que una actitud similar a la de Plauto (suma de Aristófanes y Menipo) motiva a Germán Espinosa. Pero surgen dos preguntas: a) ¿Cómo procede el autor de *La tejedora de coronas* para recuperar y camuflar un género dramático clásico dentro de una obra en prosa? y b) ¿cuál es el período histórico que describe satíricamente? *La lluvia* es una *Novellen* dialogada, fácilmente llevable al teatro, cuyas pocas descripciones funcionan a manera de acotaciones: detallan el escenario, el vestuario y las características de los personajes. Sigue las unidades clásicas de espacio, tiempo y acción. Espacio: se desarrolla dentro de un caserón bogotano. Tiempo: menos de tres días lluviosos de 1961. Acción: